

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO 1

TEGUCIGALPA: 1.º DE DICIEMBRE DE 1901

NUM. 9

Amor sacerdotil

A LAPOLODO LUGONES

1

En la celda sombría yace arrodillado el joven sacerdote ante un Cristo de bronce, que desde la altura de su cruz de mártir lo mira sollozar, impassible.

Aquella figura trágica é inmóvil aparece ante él con la implacable severidad de un juez que castiga, pero que no consuela. En vano suplica y llora: su ruego sale de su garganta como un estertor de agonía y se retuerce los brazos y se arrastra por el suelo, presa de una desesperación delirante. En vano humilla su frente sobre el polvo: que después de su paroxismo de locura se ve otra vez solitario, en medio del cuarto desmantelado: ve al Cristo con su eterna sonrisa moribunda, con el rostro lívido é indiferente, iluminado por la luz de una vela de cera; se ve él mismo con el traje en desorden y el semblante descompuesto. Levantóse y se dirigió á la ventana.

El viento fresco de la noche secó sus lágrimas y le devolvió la serenidad de ánimo de que tanto necesitaba. Apoyado contra el muro, dejó vagar su espíritu por los espacios del ensueño, mientras sus ojos admiraban el paisaje nocturno que se extendía á lo lejos, y á su oído llegaban los ruidos del campo, las armonías de la naturaleza, todos esos ruidos extraños de la media noche que llenan el cerebro de misteriosos pensamientos. El murmullo de la hoja seca que rueda sin cesar, la queja de la brisa entre los árboles del bosque, el reclamo del pájaro sonoliento en su nido de plumas, formaban una vaga y triste sinfonía que iba á acariciar su alma en pleno duelo—su alma tempestuosa y ardiente—abrasada de un amor satánico, de una pasión criminal, hija maldita del insomnio, de la fiebre y del delirio.

Allí estaba, cual un oscuro Prometeo, devorado por el cuervo de la Lujuria; cual un Satánás impío, rebelado contra su Dios! Allí estaba su espíritu orgulloso y altivo, humillado ante la desesperación del deseo brutal que le mordía las carnes. Bajo el negro traje conventual se agitaba su cuerpo, devorado sin piedad por la serpiente del sacrilegio; bajo la cruz de marfil se revolotaba el mundano, en convulsiones que hacían temblar la cárcel de su pecho. Ah! Si él hubiera podido arrancárselo de ahí, pisotear aquella masa de carne miserable y morir purificado por el arrepentimiento! Pero no: que no había fuerza capaz de calmar aquel ansia de

amores y placeres que le quemaba la sangre y había hinchado sus venas con un fuego infernal, con una lava derretida que le hacía lanzar gritos de dolor!

La vocación de sus primeros años hizo de él un sacerdote modelo, un padre espiritual y consolador, una especie de arcángel aureolado de un misticismo glorioso. Era en verdad un San Luis Gonzaga por su delicada belleza femenina y la celestial dulzura de sus ojos: un gallardo sacerdote cristiano, lleno de la abnegada mansedumbre del apóstol y de la humilde benevolencia de un ministro de Dios. En el claustro todos admiraban su porte severo y digno, en el que se reflejaba la inquebrantable firmeza de su fe. Su rostro marmóreo, de una impassibilidad austera, de una armónica suavidad de líneas, no sonreía jamás. Era severo, con una severidad simpática que atraía las almas. Su fama de santo hizo de él un sacerdote venerado, y nadie pronunciaba su nombre sin acompañarlo de una bendición.

Ejemplo de virtud, modelo de pureza, la Fe, la Esperanza y la Caridad fueron sus pasiones de adolescente. Y en plena juventud, cuando apenas el sol de veintitrés primaveras había iluminado su frente. Él marchaba por su camino religioso, al rumor de las plegarias, entre las tempestades mundanas, con los ojos fijos en el Cielo. La única luz que hirió sus ojos en sus veladas místicas, fué la que iluminaba el Cristo de su celda; el único contacto humano, el de sus compañeros; el aroma que acarició sus sentidos, el perfume del incienso.

Jamás entre las suyas había estrechado una mano de mujer. Jamás—como no hubiera sido en el confesionario—la dulce música de una voz femenina arrulló sus oídos de santo. Su virtud llegó á la cima sin haber conocido el infierno de las tentaciones. Y el día en que quiso mirar al abismo, las llamas infernales quemaron su traje de sacerdote, devorando su cuerpo. El entrevió, al través del prisma de su vida impecable, á través de la monotonía de su existencia, un algo sin nombre, un paraíso terreno, más grato y tentador que el paraíso de las leyendas cristianas. Tras los muros de granito del convento se agitaba la muchedumbre, loca y feliz; la muchedumbre, con todas sus miserias y pasiones, sus dolores y alegrías! Y él sentía una profunda tristeza, un deseo vago y doliente de formar parte de la humanidad que goza y sufre, que trabaja y ama: un hombre de aquellos que en su imaginación calenturienta consideraba superiores á él, ya que eran dignos de sentir y gozar de la vida. El era mil veces más desventurado que los cojos, porque

sus piernas sólo le servían para atravesar las bóvedas del templo; que los mancebos, porque sus brazos, lánguidos y enervados, apenas si eran buenos para vestir las imágenes, para adornar los altares y consagrar la hostia santa; más infeliz que los ciegos, porque sus ojos sólo tenían luz para contemplar aquellas inmóviles figuras de mármol, bronce ó madera, de los santos hieráticos en sus nichos dorados: para mirar los perfúles de las vírgenes sonrientes, envueltas en sus brillantes trajes recamados de oro, con la corona sobre la cabeza, dulcemente erguida con expresión de candor. Más desgraciado que todos los miserables que mendigan por las calles, que todos los haraposos que agonizan en los hospitales, que todos los asesinos que explán entre las sombras de una cárcel sus crímenes horrendos: porque todos aquellos seres degenerados habían sido hombres que conocieron la felicidad, que recibieron el beso de la ventura, que habían amado, en fin, á una mujer de carne y hueso, hermosa y ardiente, apurando el placer infinito en la copa de la vida; mientras que él se moría de angustia y de deseo, virgen de cuerpo y de alma, maldiciendo su juventud estéril, su infecundo sacrificio por un Dios que no le oía, por una religión que no le daba consuelo, por una fe que huía de su alma para siempre, dejándolo enloquecido por los más atroces tormentos, condenado á un infierno horrible, cruel, angustioso; á una eternidad sombría, á una noche sin fin por entre cuyas brumas sepulcrales no vería jamás la rosada luz de la aurora!

Perdida la fe, miró al fondo de su espíritu y lo encontró vacío, sumido en la oscuridad: no había quedado en él una sola esperanza, un noble sentimiento que pudiera salvarle, y se halló sólo, solo en medio de las tempestades que en forma de criminales pensamientos acudían á su cerebro: solo en aquel torbellino agitado de sus pasiones, naufrago en un mar sin orillas, viajero perdido en un desierto sin límites. Corrió desesperado por el claustro, con el horror de sus propias ideas, deseando calmar con la oración el ardor de sus sentimientos y apagar con sus lágrimas el fuego infernal que le devoraba. En la alta noche, de hinojos ante el altar de la capilla, rogó, suplicó, se humilló por el polvo; martirizó sus carnes rebeldes, macerándolas despiadadamente; besó con un beso desesperado el manto de la Virgen y los sangrientos pies de Jesús: lloró su dolor con lágrimas quemantes; pero no hubo perdón para su alma manchada en el cieno. De ella había huido, para no volver más, la paloma blanca de la fe, y en su lugar quedóse la serpiente de la duda, que se enroscaba á la garganta del pobre desventurado, para convertir en blasfemias sus plegarias y en roncos gritos de orgullo y rebelión las súplicas humildes y los rugos sollozantes.

Hubo un momento en que, al resplandor violetáceo de la lámpara de la capilla creyó ver sonreír los labios virginales de las imágenes, que le miraban dulcemente con sus ojos inmóviles. Y entonces se estremeció de la cabeza á los pies, y una legión de figuras femeniles atravesó su fantasía. Sintió por vez primera que su carne se su-

blevaba en un impetuoso arranque de erotismo, que sus músculos se contraían nerviosamente, como si fueran á romperse. Un velo denso cubrió sus ojos, dulces notas lejanas llegaron á sus oídos, un aroma de mujer acarició su rostro. Quiso gritar, pidiendo socorro; pero la voz se ahogó en su garganta le riñó el esfuerzo y cayó desvanecido sobre las marmóreas gradas del altar.....

II

Desde entonces su existencia fué un continuo martirio. Cubierto por la máscara de la hipocresía, ocultó á sus hermanos la pena que lo mataba. Al verlo de rodillas, con el devocionario entre las manos y la oración en los labios; al mirar la impassibilidad de su semblante y el brillo sereno de sus ojos azules, nadie se hubiera imaginado que bajo aquella tranquila apariencia, bajo aquella naturaleza en reposo, rugía la tempestad más iracunda. Solamente quien le hubiese examinado despacio habría notado que de vez en cuando una sonrisa sarcástica agitaba los pliegues de su boca, y que sus manos se crispaban sobre el libro de oraciones. Durante el día él era siempre el mismo sacerdote modelo de virtudes para sus hermanos. Nada, ni la más ligera frase, había revelado las torturas de su ánimo descreído. Pero en la noche, libre ya de las miradas de sus compañeros, se revolvió en su cama, como un epiléptico. Paseábase aceleradamente por ella, como una fiera enjaulada. Y cuando rendido de cansancio se arrojaba en su duro lecho de madera, permanecía durante muchas horas con los ojos abiertos, sin poder dormir. La luz proyectaba sombras extrañas en el ángulo de las paredes: figuras de animales raros que le hacían gestos grotescos y muecas burlonas. Apagaba la llama de un soplo furioso y la oscuridad le producía un miedo infantil, haciéndole temblar nerviosamente. Oía vagos ruidos inexplicables, suspiros, sollozos, pasos que atravesaban las galerías lejanas y se perdían en el viento. Después se dormía con un sueño inquieto, que era una continua pesadilla. Las figuras más extravagantes y diabólicas le asediaban en interminable ronda espectral. Ya eran frailes fúnebres, con cabezas de murciélago, que agarrándolo de los pies lo lanzaban á un abismo sin fondo; ya una caravana de viejas horribles y asquerosas, que avanzaban hacia él con los brazos abiertos y una siniestra sonrisa en las caras de pergamino. En vano pugnaba por desasirse de aquellos largos brazos de esqueleto. Las furias avanzaban, tomándolo y besándolo con sus bocas arrugadas y secas. Otras veces, un ejército de repugnantes alimañas le perseguía por una llanura interminable. El corría, corría desesperado; pero al fin le daban alcance y se despertaba á los mordiscos con que le destrozaban los muslos. Todo jadeante y sudoroso se sentaba en su lecho, con la mirada perdida en la oscuridad. Allí permanecía inmóvil, conteniendo la respiración, hasta que el cansancio le volvía á rendir.

El último ensueño del amanecer le hacía más daño que los anteriores. Entre jirones de nubes

color de oro, rodeada de arboles, veía aparecer en un cielo luminoso, la espléndida figura de una mujer, hermosa como un ángel, pero con una hermosura altiva y magnífica que provocaba al deleite. Vestía un traje blanco tan sutil, que al menor de sus movimientos se plegaba sobre su cuerpo, delineando sus formas encantadoras, sus morbideces deliciosas, á las que el misterio daba una seducción inexplicable. Ella se acercaba á su lecho, al mismo tiempo que la habitación se llenaba de una luz color de rosa que le permitía ver un salón decorado con el más fastuoso lujo oriental, con el esplendor de una riqueza jamás imaginada. Era un palacio mágico, poblado de estatuas admirables, de prodigiosas obras de arte. Allí los cuadros de los más ilustres pintores de la antigüedad, los bronceos, los mármoles cincelados primorosamente. A aquel primer salón seguían en sucesión infinita otros más bellos aún, en que los colores formaban contrastes sorprendentes al ser iluminados por los tonos cálidos de una inmensa luz rojiza que pendía del techo. Era aquella como un radiante sol, cuyos resplandores de sangre coloreaban fantásticamente las paredes de mármol blanco, las columnatas de inármol rosado, el piso de mármol negro. Centenares de lámparas de alabastro colaban de lo alto, sin que se viera de qué cúpula pendían sus cadenas de oro, porque encima de todo aquel derroche de riquezas se alzaba, inmensa y radiosa, la imponente bóveda del cielo. En los ángulos de las habitaciones veíanse todos los primores de arte creados por el genio humano durante veinte siglos. Japonerías exquisitas, sedas de mil colores, púrpuras sangrientas, cincelados vasos de oro: cascos guerreros, armaduras, lanzas y espadas de los héroes, con incrustaciones de pedrería: coronas y relucientes mantos reales para los magnates de la tierra. liras de oro. arpas adornadas con millares de topacios, rubíes y esmeraldas, para los poetas favoritos de la Gloria; manuscritos y libros que flataban sobre su arrugado pergamino el beso de los siglos. para los sabios insignes que aman la Ciencia: trajes plateados, trajes de una fantasía asombrosa de adornos y colores, encajes delicados, más tenues que un suspiro; blondas frágiles, que flotarian sobre los senos de alabastro como nubecillas fugitivas y traviesas; zapatos chinoscos de una forma graciosa y encantadora, como para encerrar un diminuto pie de ninfa; abanicos de plumas casi intangibles y mil caprichos exóticos para las mujeres hermosas enamoradas del prodigio. En el centro de aquellos vastos salones veíanse una multitud de figuras naturales, que se movían por todos lados y que no eran sino muestras originales de los diferentes estados del hombre en el transcurso de la vida. Allí el rey sobre su trono secular, bajo un dosel de púrpura. A sus pies está la muchedumbre inconsciente que le adora de hinojos y obedece sus caprichos. El mendigo, vestido de harapos, con su haz de podredumbres al hombro. El militar, gallardamente vestido con resplandeciente uniforme, sobre el que las charreteras de oro forman lustrosas manchas amarillas: en ese instante levanta la espada, frente á un ejército infinito de soldados que se pone en movimiento. En seguida va el escritor con un legajo de empolvá-

dos papeles bajo el brazo. Y así los demás estados del hombre.....

Por último, las miradas del sacerdote se fijaban en un sombrío monje, que arrebujado en su capa talar, avanzaba por en medio del gentío compacto, murmurando oraciones extrañas. Tras él iba un centenar de hermosas jóvenes, vestidas de negro, cantando una canción apasionada y satánica, pero dulce y grata á los sentidos como si fuera una caricia. Era una especie de coro, formado por las voces más argentinas y melodiosas: un arrullo que incitaba al placer, el reclamo de las palomas sedientas de ternura. Aquel canto iba elevándose poco á poco, en un armonioso crescendo, hasta formar un himno que hacía el efecto de una excitación sexual. Ya no eran acentos armónicos, sino súplicas de pasión: las melodías convertíanse en ruegos y las palabras en besos que buscaban la boca del sacerdote, que por un extraño fenómeno se había convertido en el monje que avanzaba á la cabeza de la procesión femenina. Sí, era él: se reconocía muy bien en un espejo veneciano que tenía delante: era su pálido rostro el que miraba en el cristal. De pronto, al ruido de una estruendosa carcajada, al volverse, miraba á todas aquellas enlutadas, que iban despojándose rápidamente de sus vestidos. Pronto quedaban desnudas, y los ojos atónitos del sacerdote, virgen á todo espectáculo mundano, contemplaban, llenos de un deleitoso asombro, las carnes rosadas y tibias, las caderas voluptuosas y los senos en flor de aquella parvada de mujeres divinas, que iban aproximándose á él, con los brazos abiertos, los labios trémulos y las carnes palpitantes. A la cabeza de todas distinguíase á la joven espléndida que viera al principio bajar del espacio envuelta en un jirón de neblina y sentarse después á la orilla de su lecho. Acercábase, cantando muy quedo una deliciosa canción obscena y musical, y seguirla la turba, haciéndole eco. El sacerdote intentaba retroceder, presa de un vértigo de sensualidad; pero ella le tomaba en sus brazos, como si fuera leve pluma, y huía con él tan rápidamente como si llevara alas en los pies. Sus compañeras lanzábanse tras ella, dando gritos y riendo locamente. Volaban desesperadas, y ya daban alcance á la raptora, cuando por obra de magia se abría ante ella una puerta formada por un inmenso trózo de cristal de roca, que permitía distinguir todo lo que pasaba más allá del salón, á que servía de reja incombustible. Allí se detuvo el grupo de mujeres desnudas; y entonces se oyó la carcajada argentina y burlona de la bella vencedora, á la que se unía muy pronto el gemido prolongado y lastimero de las vencidas. La puerta aquella, hecha de un hermoso cristal, comunicaba los salones espléndidos con una alcoba deliciosa, construida para los ardientes delirios del amor. Todo lo que incita al goce, todo lo que enciende la sangre, se hallaba allí. En un ángulo de la estancia, un lecho de oro, con cortinajes de púrpura, mostraba su fondo misterioso entre la sombra. A él condujo la hermosa al sacerdote desvanecido por el vértigo. Y para despertarlo puso sus rojos labios húmedos sobre los labios del joven, que se irguió estremeciéndose, mientras ella le contemplaba con la más provocativa sonrisa. Y

después, hablándole al oído en un lenguaje extraño, le obligaba á meterse en el lecho, á donde saltaba ella, corriendo los rojos cortinajes. El oía después, como en un vago delirio, el llanto desesperado de las monjas que forcejeaban por derribar el muro de cristal, y luego el estruendo formidable de una montaña que se derrumba. Era todo el palacio encantado, que se venía abajo al esfuerzo prodigioso del Deseo y del Amor. Y el sacerdote sentía que se iba hundiendo en el vacío, suave y lentamente; que dos soberbios brazos blancos le rodeaban el cuello y que su boca temblaba bajo la dulce presión de una boca de mujer.... Y se despertaba con un grito de placer doloroso, con una de esas sensaciones enervantes y crueles que invaden el cuerpo después de una pesadilla de erotismo apasionado.

III

Estos furiosos delirios nocturnos, las continuas vigillas y el sufrimiento moral que le torturaba el espíritu implacablemente, enflaquecieron su cuerpo é hicieron palidecer su semblante. No era ya aquel gallardo joven cuyas formas de efobo se moldeaban bajo la negra túnica sacerdotal. Ahora inclinaba la cabeza sobre el pecho, no brillaban sus ojos azules, y su paso, lento y silencioso, parecía el de un anciano abrumado por la nieve de cien primaveras. Pero ante sus hermanos, aquella misma actitud meditabunda, aquella decadencia física de su cuerpo, le formaban una aureola de mística gloria, creyéndoles fruto de las maceraciones y los cilicios de su fanático fervor religioso.

Los días sucedíanse unos á otros, crueles y desespirantes para el infeliz descreído. Las tentadoras visiones que le asediaban lanzáronle en un estado febril, y era de admirar su voluntad inquebrantable para evitar el rompimiento de sus nervios, que se estremeaban á la menor sensación, como las cuerdas de un arpa. La mística visión de una mujer encantadora vagaba en torno suyo y le seguía á todas partes. La veía sonreírle entre la semi-oscuridad del templo, y sus pupilas, de un negro azulado, clavadas en su espíritu, le quemaban el pensamiento. El no trataba ya de escapar de la obsesión de sus sentidos, convencido de que todo lo que hiciera por conseguirlo sería en vano. Como el ojo de Caín, la imagen adorablemente satánica de su deseo era inmortal en su existencia. Su amor, doloroso y sacrilego, no le daba punto de reposo.... Y pasaron así dos años, que le parecieron dos siglos de agonía....

IV

Aproximábase la Semana Santa, y todos los religiosos se aprestaban á celebrarla con la solemne pompa cristiana. Del vecino claustro llegaban las monjas á la capilla del convento á hacer sus confesiones y rezar sus plegarias durante la misa.

Aquel miércoles santo ocupaba él el confesionario, á donde iban las dulces ovejas de Jesús á depositar sus culpas. Oía con indiferencia la relación monótona de las monjas, cuyos exagerados escrúpulos llegaban hasta á obligarlas á confesarse criminales de las faltas más inocentes. El confesor, tras un corto discurso, lleno de consejos

espirituales, impregnado de suave unción religiosa, las absolvía en el nombre de Dios. La última penitente llegó con el rostro medio oculto por un tenue velo de lino, y con voz temblorosa y apagada empezó su confesión....

— Padre mío. le dije—yo me muero de amor. Hace dos años que mi espíritu lucha en vano contra mi cuerpo rebelado, en quien el deseo ha hincado su garra dolorosa. He perdido la fe y siento que voy hundíendome lentamente en el infierno. Mis días son crueles, mis noches pobladas de ensueños horribles, de visiones dulces y amorosas que me producen espasmos de placer. De nada me ha servido depositar mi negro secreto en el recinto del confesionario, ni recurrir al cilicio y la maceración: con un hierro candente he torturado mis carnes, sobre el duro pavimento de mi celda he desgarrado mis rodillas y la vigilia ha puesto diáfano mi rostro. He suplicado al Cielo, me he arrastrado pidiéndome perdón. Pero ¡ay! que el Cielo no fué compasivo con mi dolor y me ha dejado sola con mis pasiones, presa de un delirio erótico ante el cual son impotentes la razón y el espíritu. Padre, bien sabés que en la formación de nuestra existencia, Dios hizo el alma y Luzbel el cuerpo miserable. Pues bien, padre mío: mi alma está llena de Luzbel, y mi cuerpo le pertenece. Amo, y ¿sabéis á quién? A un sacerdote. á un pálido monje que sólo he visto en sueños. Es bello y ardiente, y le consume, como á mí, la fiebre de los sentidos. Somos dos almas satánicas que ha encendido un amor sacrilego y tempestuoso: dos cuerpos vírgenes devorados por la llama del sexo, por el ansia de confundirse en un abrazo supremo, en un beso de fuego que haga hervir la sangre en nuestras venas, lanzándonos en pleno abismo de voluptuosidad. Le adoro con un amor único, candente y grandioso, que sólo él puede comprender. Mi boca tiene hambre de la suya y mi cuerpo sed de sus caricias. Si me encontrara con él, me arrojaría á sus plantas, sollozando, ofreciéndole los tesoros de mis carnes en flor....

El sacerdote se alzó del confesionario, lentamente, y con los brazos cruzados sobre el pecho, pálido como un muerto, avanzó hacia la monja arrodillada. Levantó ésta su velo y ambos lanzaron un grito de agonía, un gemido doliente y extrahumano, que resonó como un sollozo límbico bajo las bóvedas del templo. Sintió él la dulce sensación de un abrazo de mujer, el suave calor de un seno virginal que se oprimía contra su pecho; después la impresión suprema de una boca ardiente que le abrasaba los labios.... y el golpe seco de dos cuerpos, furiosamente enlazados, rodando por las graderías de piedra.

V

Cuando el sacerdote volvió á la vida se encontró en el lecho de su celda. Las ideas se revolvián en su cerebro como pájaros enloquecidos en una jaula cerrada. En vano intentó de un golpe coordinar sus pensamientos: sus sienes ardían y sus manos se crispaban en convulsiones histéricas: pasaban en confuso tropel por su memoria mil recuerdos, imágenes é impresiones, tan fugaces, que apenas tenía tiempo de darles forma.

Oía mil gritos diversos, y sensaciones extrañas y crueles acudían á su alma. Hubo un instante en que el cansancio físico le sumergió en un vago letargo; y entonces tuvo el consueño de su pasado, con todos sus trágicos pormenores.....Tras un largo camino fantástico, cubierto de abrojos, se vió en el confesionario, escuchando la confidencia íntima, el secreto asombroso de aquella monja que le había adorado en sueños, sin conocerle: de la misma manera que él la descaba en sus rojos insomnios. Aun creía sentir en sus oídos el delicioso halago de aquella voz de música y en su cuerpo la locura erótica de la virginidad excitada, cuando reconoció en la penitente la visión de su primer delirio carnal. Se veía después, pálido y trémulo, estrechando en sus brazos aquellas formas adorables, abandonadas á sus caricias; y tras el largo beso de pasión sobrehumana, rodar como un ebrio por el pavimento... Luego le embargaba una cruel sensación de frío y de dolor: los frailes enlutados, con un gesto de pavoroso asombro, le arrancaban de los brazos el cuerpo de la monja, ya muerta. Y veía por última vez los ojos azules de la hermosa, que le miraban mas allá de la tumba, como llamándole.... Sobre un túmulo cubierto de negros crespones la colocaren sus hermanas, en medio de la capilla del claustro. Estaba muerta, con las manos enlazadas, como dos palomas místicas en actitud de volar: sobre sus labios jugaba una sonrisa tenue y de sus pupilas rodaban dos lágrimas por el frío alabastro de su semblante. Sollozando de duelo y de angustia, quiso él estrecharla en sus brazos por la vez postrera; pero al contacto de sus caricias, la visión se esfumaba, se extinguía en una luminosa neblina.

Despertóle de nuevo la impresión de un escalofrío que le cruzó la espalda como un latigazo; y con los ojos abiertos, sentado al bordé de su lecho, comprendió al fin la negra realidad.

La luz que iluminaba su celda vacilaba, próxima á extinguirse, proyectando sobre los objetos sombras caprichosas. El viento hacía crujir las maderas de la ventana, y allá, á lo lejos, como perdido en un abismo, se oía el lúgubre canto de los monjes que celebraban en la capilla las honras fúnebres del Cristo ensangrentado, tendido sobre un negro catafalco.

Era la media noche del Viernes Santo. El sacerdote como arrastrado por el recuerdo de la tragedia grandiosa de la cristiandad, queriendo llamar á la fe en un supremo esfuerzo de arrepentimiento, corrió hacia la imagen que brillaba junto á su lecho con un resplandor moribundo, que hacía semejar la herida del costado á una roja amapola impresa sobre las divinas formas exangües.

Arrodillóse ante ella y humilló su frente hasta tocar el suelo. Así, con la sien inclinada, permaneció largo rato; pero al convencerse que el perdón divino no descendía sobre su alma y que el paroxismo del dolor le atacaba de nuevo, irguióse con la fiera de Luzbel, lanzando una blasfemia....Y rápido y terrible se estrelló la cabeza contra el muro de granito, salpicando la faz del Crucificado con su sangre impetuosa, que salía de su cráneo en oleadas de púrpura....

FROILAN TURCIOS

Por los vidrios grises

(TRADUCCIÓN DE GEMINIS)

He visto la caída de esta noche de Invierno á través de los grises vidrios de mi ventana..... Alguien cruza á lo largo de los fosos cubiertos de lluvia..... ¡Oh, viajero, apresúrate y anda, viajero del Invierno que te vas á la hora en que el pastor descende de las altas montañas! Está apagado el fuego del hogar donde vuelves, y cerradas las puertas del país á que marchas!.... En medio de la oscura carretera el ruido de las carretas viene de tan lejos, que espanta.... Su farol apagaron las viejas carriolas... Es el Invierno: ELLA, en su silla de paja, duerme en el fondo frío de la cocina.....Invierno en los muertos sarmientos de los viñedos canta. Es la hora en que los blancos ahogados, sorprendidos por los glaciales frios de la primera helada, descienden pensativos, en medio de dos ondas, á abrigarse en el limo de las profundas aguas.

HENRY BATAILLE

Caballeros teutones

De heroico siglo en apartado día cruzaba una pareja de Teutones por las llanuras de la vieja Hungría, oirridados con noble bizarría, de escudos, capacetes y trotones.

Tan sólo á sus cinturas eslabona pesado anillo la marcial tizona que á sus puños de acero confió el rito: bajo el limpio metal que la aprisiona no ha turbado sus sueños el delito,

Ni en baja lid con la mesnada oscura jamás melló su filos tajadores, ni de su temple y su virtud segura se abatió nunca á combatir la impura falange de malsines y traidores.

Zurda banda de pillos y gañanes con la pareja solitaria cierra, que, entre la grita audaz de los rufianes y al golpe de sus toscos guayacanes, en sangre moja la manchada tierra.

Á destrizar la sórdida gavilla bastaba la teutónica cuchilla; pero la ley caballeresca manda perecer sin defensa en la demanda antes que herir á gentes de trahilla.

Lustre consignan los honrados fueros, de la altivez al generoso brote: á estilo de los bravos Caballeros, prefiramos morir bajo el garrote á manciillar los inclitos aceros!

GUILLERMO VALENCIA

Cuento

I

Amo con veneración á los niños. Son, para mí, un misterio que me encanta y me llena de tristeza.

Cuando veo sus juegos inocentes, en los que se puede traducir su vocación, su instinto, por decirlo así; cuando reflexiono en esas almitas blancas como una cuartilla del papel más puro, en que el porvenir puede escribir: FELICIDAD ó DESGRACIA, me confundo. Este chiquitín vivaracho, ingenioso, decidor, ¿será una gloria de su patria, será un genio, será un apóstol, ó se convertirá en un elemento nocivo para su patria, su familia y la sociedad? He ahí una X que sólo el tiempo puede resolver y que se bate sobre la frente de todos los niños. ¿Deben vivir los niños, ó deben morir? Propóngase á un padre de familia, á un padre sensato, esa disyuntiva, y no sé qué contestará. De mí sabré deciros que guardaría silencio.

II

Mi pequeña Lupita me invitó una tarde para que saliéramos al campo. Yo la tenía acostumbrada á andar diariamente, si la estación lo permitía, por lo menos una legua.

Cuando me preguntaba por qué la había andar tanto, le respondía muy formal, que la llevaba á beber oxígeno.

El lector comprenderá, supongo, que ella estaba en la creencia de que *beber oxígeno* era engullir con agua los bizcochos, dulces y frutas que compraba en las *pulperías*, y que llevaba en los bolsillos para ella.

Esa tarde no pasamos de las Playas del Banco, y nos fuimos á sentar sobre una ancha roca, frente á la pequeña catarata que forma el arroyuelo de Saucique:

Mientras ella comía sus bizcochos y dulces, acompañándolos de sorbos de agua, y tomaba sus frutas, de mi corazón se apoderó una tristeza desconocida. La lobreguez solitaria de aquella especie de gruta que formaba el verde follaje de los árboles suspendidos sobre el abismo, las sombras de la tarde que se hacían más densas en el hondo callejón que forman

los dos altos muros de pardo granito; el sordo y monótono rumor de las aguas al caer; aquella ancha faja argentina que se divisaba en la obscuridad, formada por el líquido que se desprendía desde la altura; todo contribuyó para que mi espíritu quedara suspendido en un crepúsculo intelectual, en algo indefinible, en una especie de éxtasis. La visión del porvenir se me presentó, y ví aquella niña, en plena vida, en plena juventud, virtuosa y bella, admirada de todo el mundo, contenta y feliz.

Después.....en un pueblo lejano, pueblo miserable, la veía pálida, enfermiza, valetudinaria, vestida de luto, ante el sepulcro de su santa madre.....

Y después.....era un salón cubierto con crespones de luto, y en medio del salón, iluminado por grandes candelabros de velas pálidas, un blanco ataúd sobre una pirámide de flores y coronas blancas.

.....Levanté la tapa del ataúd, y allí estaba ella dormidita, con sus brazos cruzados, eternamente inmóvil.....

Su vocecita de ángel me despertó de aquella pesadilla.

Según me dijo, *había bebido ya su oxígeno*, y era preciso regresar á casa. Se acercó á mí, la estreché contra mi corazón y emprendimos la vuelta á la ciudad.

III

Un día me dijo:

—Mamá me enseñó la oración del Santo Angel de la Guarda; pero yo quiero otra, hecha por Ud. ¿Me la hará?

—Vamos, dije para mis adentros, estos niños son capaces de hacerlo á uno predicarles como el señor Cura, si así se les antoja. Pero ¿qué hacer?

Tomé la pluma, y poco después le dí un papelito.

—Toma, le dije, la oración del Santo Angel.

Se fué al oratorio. No sé qué secreto impulso me hizo seguirla.

Llegó al pie del altar, y después de persignarse empezó á leer en voz alta, con emoción:

—“*Angel blanco, que c no mariposa de luz revoloteas á toda hora del día sobre mi cabeza; manto de casto lino de los al-*

*tares, arrojado sobre mi niñez desvalida;
purísima flor que el buen Dios, el abuelito
augusto, me mandó del jardín de los
cielos, para que fuera el adorno de mis
sienes de rosa y nieve; Angel santo, An-
gel bonito, Angel de mi guarda, cuida-
me mientras duermo, y.... ..hasta ma-
ñana.—AMEN.'¹*

Las vibraciones de su voccecita temblo-
rosa, como corrientes de un magnetismo
delicioso, iban apoderándose de mi cora-
zón. Su pequeña y delicada silueta se
dibujaba de espaldas á la tenue luz de
una vela que ardía en el altar, y mi fan-
tasia contemplaba la mariposa de luz
revolando sobre su cabecita, y una flor
virginal en sus sienes, y un manto de pu-
rísimo lino de los altares sobre sus espal-
das, manto que tomaba la forma de dos
alas rándidas.

Ella continuó leyendo su oración; pero
cuando ví que la recitaba sin ver el pa-
pel, me retiré, temiendo descubriera mi
curiosidad.

Cuando volvió á la sala me dijo:
—Ya sé la oración.

La recitó, y yo la estreché contra mi
pecho, la cubrí de besos y la bendije mil
veces.

JUAN MARÍA CUELLAR

1901

(Continuará)

Annunciación

Enjuga ya tus ojos; yo no quiero que el llanto
Enturbie la luz pura que irradian tus miradas;
Yo no quiero que mueran las rosas delicadas
De tu mejilla, al beso doliente del quebranto.

Porque has llorado mucho, porque has sufrido
(tanto,

Porque te han azotado tempestades calladas,
Dios poblará de ensueños tus horas angustiadas,
Formando con los salmos de tu dolor un canto!

Sea el Amor el Cristo que tu fe muerta anime.
Despierte á su reclamo tu juventud dormida;
Su epifanía llega, y es bella y es sublime!
Espérale exornada de rosas y de palmas,
Porque El dará á tu espíritu el vino de la Vida
Sin heces, y en la copa gloriosa de las Almas!

JERÓNIMO J. REINA

¿Sus ojos

(ÁLBUM DE NELA APLICANO)

Negra es la noche, y brillo no tendría
Si la luz no le dieran las estrellas;
¿Cómo es, amiga mía,
Que lucen más que el sol al mediodía,
Siendo tan negras, tus pupilas bellas!

RÓMULO E. DURÓN

Élavó su cuerpo con ambrosía....

e tanto piu supera (il pittore)
gl'ingegni de li omini, che l'indu-
ce ad amare e innamorarsi di prttu-
che non rappresenta alcuna
donna viva.'

LEONARDO DE VINCI

DUQUESA de Urbino! blanca Eleonora!
No han encontrado mis ojos, ni han desea-
do mis amores, un cuerpo tan incitante
como el que ofreciste—desnudo hasta los
pies—de perfecto modelo á los pinceles
del Tiziano. Eres el fruto maduro de la
Forma.

Bien hizo el artista en no convertírte
en diosa; bien hizo dejando caliente tu
carne. Caliente es tu cabellera rubia, ca-
liente es tu boca osculante, caliente es tu
seno donde florece el pezón de fuego, ca-
liente es el broche triangular de tu sexo.
Tienes sangre. Tienes pasión. Vives.
En la línea del arte quedó palpitando tu
piel de mujer.

(Heré entró en la alcoba nupcial que su
hijo anado Hephaistos habia hecho. En-
tró y cerró las puertas resplandecientes.

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

* * *

Y no eres impúdica, no eres peryérsa,
No habitas en el museo secreto del arte
de amar. Estás junto á la madonas de
Rafael y del Correggio, y las veces en
esplendor. Estás sobre la Venus de Mé-
dicis, y te burlas del mármol amarillento
y frágil. Eres el placer, la risa de la vi-
da, la miel del beso, el desmayo de los
ojos, la impaciencia de la caricia, el fre-
nesí de la posesión, el espasmo rápido y
eterno.....Eres el Pecado, el pecado de-

licioso, delicioso, delicioso, ¡oh Erótica! Así como no hubieran podido pintarte las medias tintas anémicas de Botticelli, y así como te pintaron los colores francos del Tiziano, te desdeñarán los hipócritas y te amarán los fuertes. Fuerte, fuerte, como condotiero véneto era Guy de Maupassant, y dijo de tí que te prefería á todas las mujeres vivas.

(Lavó su cuerpo con ambrosia; después se perfumó con un aceite divino, cuyo aroma se esparció en la mansión de Zeus, sobre la tierra y en el Urano.)

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

* * *

Tendida sobre cojines rojos, después del baño, descansas. ¡Oh, tú no sufres, tú no lloras: es el secreto de tu belleza corporal. ¡Tus ojos bovinos reflejan las armonías luminosas. No eres excesiva como una Bacante ó como una Santa; no te entregas ebria de pámpanos ni oliendo á ungüentos claustrales, con las ropas desceñidas ó las carnes maceradas; no deben llamarte vagabunda, ni circular, ni frenética, ni orgiasta. El límite de tus placeres es el placer mismo. No naciste para ser madre ni para ser prostituta. Eres triunfal: te aclamaron en una fiesta de Venecia, cuando surgiste desnuda sobre la proa de oro de tu góndola.

(Una vez perfumado su bello cuerpo, peinó su cabellera y trenzó los cabellos brillantes, bellos y divinos, que flotaban de su cabeza inmortal.)

Rhapsodia XVI de la Iliada.)

* *

Tienes un manojo de flores en la mano. En el fondo, cerca de la *loggia* de columnas abierta á la luz de Florencia, las siervas sacan de un cofre las ropas fabricadas en Burano para vestir á la Duquesa.

(Revistió una khlamyde divina que la misma Athenea había hecho adornada de mil maravillas, y la fijó sobre su pecho con broche de oro. Se puso un cinturón de cien franjas, y en sus orejas, bien agujereadas, pendientes trabajados con cuidado y adornados con tres piedras preciosas. Y la gracia la envolvía toda entera.)

Rhapsodia XIV de la Iliada.

No, no te vestirán nunca. Podré contemplarte siempre así, desnuda, suntuosamente desnuda. Me parece que todos los amores que he tenido en la vida, juntándose en el nivel de un solo anhelo, funden sus ritos en loor de tí, blanca Eleonora! Sonad en los bosques, agudos pfanos de Pan! estallad en mi alma, cláusulas polifonas de la poesía! sea la Primavera! sea el Amor!—Imágenes de mujeres neuróticas, imágenes de mujeres sanas, imágenes de mujeres frías, imágenes de mujeres apasionadas, imágenes de mujeres que amé, imágenes de mujeres que me amaron, insaciables Sulamitas sedientas de riego como el desierto, tenuous Epifanías tejidas de ideal, lijas frondosas del Sol robusto, hijas impalpables de la Luna histórica.....idos lejos, á la bruma, al olvido; dejadme solo con *Ella*, con la pecadora, con la indeformable, para contemplarla tanto, tanto, que mi locura la zafe de la tela, y llena de vida me ciña con sus brazos, me dé la miel de su lengua, desmaye sus ojos bajo mis ojos, abra á mi amor el broche triangular de su sexo y la posea sobre los reclinatorios negros de una góndola negra, en un canal muerto de Venecia muerta!

(El hijo de Kronos tomó á la Esposa en sus brazos.)

Rhapsodia XIV de la Iliada.)

Florencia, marzo de 1899, pensando en el pintor Leandro Izaguirre.

Jesús URUETA

NOTAS

Museo del Louvre.—

La Sociedad de Amigos del Louvre ha regalado recientemente á este Museo un admirable tapiz del siglo XV, hecho en Bruselas sobre cartones que parecen ser de Quentín Matsys. Este tapiz, que representa *El Juicio final* y que procede de la colección del Duque de Alba, ha costado á los amigos del Louvre 70.000 francos. Tolstoy.—

Ha muerto el insigne novelista ruso, Conde León Tolstoy, una de las más altas y puras glorias de la Literatura europea.